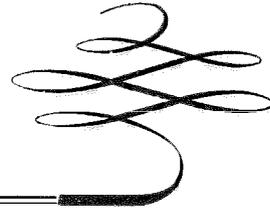


La herencia



LA arrolladora juventud llevada de su espíritu iconoclasta, espoleado por influencias imponderables pero reales, anhela desentrañar la vida de sus antecesores y hasta sin darse cuenta, se inclina a disgregaciones que no tienen otra finalidad: sacar el fondo del baúl, revolver el cajón de la cómoda o sacar todo lo del armario es una aspiración inconsciente, de impulso incontenible, que apenas admite excepciones: ¡qué tendrá ahí mi padre, qué papeles serán esos que asoman al abrir el baúl de mi abuela!, son acicates agudísimos para la curiosidad juvenil.

Cuando el joven se informa y casi siempre tiene la referencia con la intención **non-santa** de la mala idea de alguien, de que los niños no vienen de París y que sus padres tienen las mismas necesidades o dígame flaquezas, que todos los seres, sufre tan fuerte sorpresa y queda tan profundamente contrariado que ya no logra nunca desentenderse de la preocupación que la determina, cuya última fase, a lo largo de infinitos quebrantos, es sacar todo lo del cajoncillo, postero desencanto de la curiosidad, pues casi nunca se encuentra nada más que algún papel apollado, tal cual trozo de carta vieja, amarillenta, la llavecilla que nadie sabe a qué cerradura pertenecía, la cinta que perdió el color y algún retrato desconocido, flores todas marchitas que se pulverizan al tocarlas y que son aventadas al soplarle el joven las manos y sacudírselas para quitarse el polvo.

El joven, siempre irreflexivo, ciego por la ansiedad, no se apercibe de que él, obedeciendo impremeditadamente a su sentir, ha ido llenando su cajoncillo propio y ni se le ocurre siquiera que nadie lo tocará jamás, porque son detalles sueltos que solo a él interesan y que fueron guardados por la huella, de varia naturaleza, que dejaron en su alma.

En mi vida de Médico he visto muchos cajoncillos desalojados y muchos objetos, ungidos por el más tierno recuerdo, arrojados a la basura y he sentido gran pena al ver la poca delicadeza con que las personas mayores sacaban el serrín al muñeco y lo deshacían ¿Qué pueril satisfacción tendrían en romper el encanto del muñeco de cartón? ¿Qué estorbo les haría o que mala tentación sentirían ante el patrimonio sentimental de sus antecesores?

¡El cajón vacío, o el armario desalojado! ¡Qué tristeza tan grande! Qué pobreza la de las almas que se gozan en romper el misterio sin misterio de la arqueta de la abuela, aquella vieja arqueta, ya carcomida, casi sin contenido, polvo que vuelve al polvo, pavesa que únicamente sin tocarla se conservaría y podría seguir siendo la herencia que se espera tener, la ayuda que se podría recibir, el consuelo que proviene del apoyo moral que presta la reliquia del antecesor, el gusto de conservar y el honor que se tiene de respetar lo que deseáis que os respeten. Todo lo noble y hermoso de la vida, echado al montón por la insana curiosidad o impropia conveniencia de lo inconveniente. El cajoncillo, que resume y simboliza una vida, el residuo sentimental y como si dijéramos las cenizas recogidas después de incinerado el cuerpo, el recuerdo lírico que queda de una existencia después de pasar la tormenta de la vida. Todo deshecho por los hombres que no han dejado de ser chicos y cándidamente se quedaron sin muñeco al satisfacer la curiosidad de ver lo que tenía dentro, rompiendo el misterio, que era la mejor herencia que podían tener al no tocarlo jamás; el bien a la vista, pero sin llegar a poseerlo, única forma de conservar la esperanza y morir con la ilusión del más allá, la herencia suprema. ¡Pobres hombres, desilusionados ante el cajoncillo que resultó no tener más misterio que el de su tapa cerrada!

